

bilidad entera, no obstante la suerte traidora, fué el embajador de Francia. Llamado á palacio en los primeros momentos de espanto encontró á la familia real anegada en lágrimas, y á sus consejeros desconcertados. Mil planes diferentes se discutieron para luego ser desechados, principiando todos con el consejo de huir; los unos querían que huyera solo el rey á Polonia licenciando su ejército; otros querían que huyera, pero llevando su ejército para incorporarlo á las filas austriacas; mas el conde no perdió el tiempo en combatir ni uno solo de estos planes; con palabras enérgicas levantó los corazones abatidos, y probó al rey que su puesto era en medio de sus soldados, y el puesto del ejército en el suelo patrio. El fué también quien indicó al rey el punto preferente, bien conocido de todos los tácticos de aquel tiempo, donde podía poner su libertad y su corona al abrigo de una sorpresa brutal.»

Después de lo que acabamos de referir no necesitamos decir que toda esta historieta es una pura invención desde la primera palabra hasta la última, y si esto no bastara, ahí está una carta que el mismo embajador francés conde de Broglie dirigió el 4 de setiembre en Dresde al conde de Brühl y que empieza con estas palabras: «Acabo de saber por el conde de Wackerbarth que S. M. polaca ha tomado esta mañana la resolución de permanecer en el campamento donde está su ejército. Felicito pues á V. E. sinceramente por tan sabia como honrosa resolución.» Resulta de esta carta que el conde de Broglie supo la resolución que pretendió haber dictado, por boca de tercera persona; cuando se tomó la resolución en Struppen estaba el embajador en Dresde. Allí, donde se halló también el día 2, no le había consultado nadie, y sin su intervención se había resuelto que el rey se retirara con su ejército á Bohemia. A esto hay que añadir que la idea de poner el ejército sajón al servicio de «la buena causa» estaba ya indicada en la Memoria que habían presentado al gobierno en 19 de agosto el feldmariscal Rutowski y el caballero de Saxe; y que cabalmente en consonancia con esta idea determinó el consejo, la construcción de un campamento para todo el ejército cerca de Pirna; pero ni en esta Memoria ni en el consejo se ve ninguna huella del embajador francés.

Este campamento de Pirna y Struppen fué desde el primer momento de su instalación teatro del hambre y de toda clase de privaciones. Nada se había previsto allí y al mismo conde de Brühl le pareció un «miserable estercolero,» según se expresó. La administración militar estaba tan abandonada, que el rey hubo de sacar de su propio bolsillo 15,000 pesetas para cubrir las atenciones más urgentes á fin de poner el ejército en marcha. Las arcas de la administración solían estar siempre vacías, y el conde de Brühl era por lo regular la única persona que se encontraba siempre con el bolsillo repleto, conforme sucedió también en estos momentos críticos. Acababa el rey de tomar la resolución de refugiarse en el campamento y abandonar la expedición á Bohemia cuando envió á su esposa que se había quedado en Dresde un paquete, mientras el conde de Brühl enviaba otro á su querida, la cantatriz Albuzzi. No se ha sabido jamás lo que había en el paquete del rey, sino que no contenía dinero; pero por un error se supo que el otro contenía 4,000 ducados (unas 15,000 pesetas) porque el senescal de palacio Bose cambió los paquetes y dió el de los 4,000 ducados á la reina que los recibió con gran alegría. Habiéndose descubierto luego la equivocación tuvo que devolver el dinero á la cantatriz y lo hizo sin decir una palabra. La penuria suya y el magnífico regalo destinado á la cantatriz la indujeron sin embargo á hacer inspeccionar la caja, y entonces se revelaron cosas tan estupendas, que la reina exclamó conmovida:

«¿Con que la camisa que llevo y el pan que como se deben?»

Poco á poco habían quedado los sajones en su campamento completamente rodeados por los prusianos que habían recibido refuerzos tras refuerzos. En tan triste situación llegó en 10 de setiembre una carta del conde de Kaunitz con la tristísima noticia de que el cuerpo de ejército que se hallaba en Bohemia á las órdenes del feldmariscal Brown no podía acudir al auxilio del sajón ni enviar los 10,000 hombres que se le habían pedido; de suerte que lo único que podía hacer el sajón, decía la carta, era abrirse paso con las armas al través de los prusianos y penetrar en la Bohemia, en cuyo caso el gobierno de Viena prometía socorrer al rey con cien mil talers (375,000 pesetas), y dar órden á Brown de cooperar á la expedición hasta donde le fuera posible. Inmediatamente celebróse consejo; y creyéndose totalmente imposible abrirse paso, se resolvió continuar en el puesto y aguardar los acontecimientos. Acordóse también que el rey echara mano del único recurso que quedaba, á saber: dirigirse al rey de Prusia y hacerle presente: «que habiéndose demostrado suficientemente con la actual posición del ejército sajón, que el deseo de la Sajonia era quedar neutral y no crear ningún obstáculo á la marcha del rey de Prusia, atendido que tiempo y ocasiones habían habido para proceder de otra manera; y habiéndose rechazado también todos los ofrecimientos recibidos para cambiar de propósito, se deseaba que S. M. el rey de Prusia se dignase declarar qué era lo que exigía de la Sajonia, si ya no tenía resuelto llevar al ejército sajón hasta la última desesperación; lo cual podría tener muchas consecuencias fatales para ambas partes.»

Semejante parto de un consejo de Estado parecería una obra imposible por sus fundamentos tan contrarios á la verdad, y por su objeto más que infantil, si no se dijese expresamente en el acta de la sesión que el ministro principal, general conde de Brühl, estaba presente; lo cual basta para explicarlo todo, porque solo aquel hombre era capaz de redactar y hacer aceptar semejante resolución.

Comunicóse esta al rey de Prusia, el cual envió al general Winterfeldt á Struppen, donde continuaba el rey de Polonia. Este, enterado de la misión del general prusiano, envió por su parte al general sajón Arnim á conferenciar con el rey de Prusia, que tenía á la sazón su cuartel general en Sedlitz. Allí se celebró el 15 de setiembre la conferencia entre el rey de Prusia y el enviado sajón, la cual acabó de una vez con todas las ilusiones que en el campamento de Pirna se alimentaban todavía con la obstinación ciega de siempre.

Días antes, el 10 de setiembre, había mandado el rey Federico abrir el archivo del palacio de Dresde, y se había apoderado de los despachos originales cuyas copias le habían proporcionado el secretario Menzel y el barón de Weingarten. Apoyado en estos comprobantes auténticos, mandó á decir por el general Winterfeldt al rey Augusto, que sabiendo ya todo el secreto de su política, le era imposible conceder la neutralidad, y que muy al contrario se veía obligado á exigir la agregación completa de la Sajonia, de su ejército y de su política á la Prusia. En este sentido contestó también al general Arnim enviado para obtener mejores condiciones. «Veo, le dijo, que el rey de Polonia se niega á unir su ejército al mío, pero yo no puedo ceder; tengo motivos excelentes que me lo prohíben; la guerra lo trae así consigo y yo no puedo cambiar mi plan por este lado.» Objetó el enviado que de ningún modo podía el rey de Polonia faltar por órden del rey de Prusia á su tratado de alianza defensiva con Austria, ni declarar sin motivo fundado la guerra á la emperatriz María Teresa; á lo cual le contestó el rey: «Todo eso está muy bien, pero sin la unión de los dos

ejércitos no veo ninguna seguridad para mí en adelante. El rey de Polonia no tiene que hacer más que un tratado conmigo que estreche nuestra amistad y ponga en armonía nuestros intereses, porque la Sajonia ha de partir con mis Estados fortuna y desgracias; si tengo suerte, será no solamente ampliamente indemnizado por todo, sino que miraré por su interés como por el mío. En cuanto á la cuestión de lo que dirá el mundo, ya sabremos condimentar y alimbarar el tratado para hacerlo aceptable; y finalmente la mejor excusa es la necesidad, que no permite proceder sino de esa manera. ¿Qué otra garantía quieren darme? ¿Rehenes? No conozco más que el ejército incorporado al mío. No quiero ser otra vez burlado como en 1744, y además, me constan demasiado exactamente las maquinaciones del ministro y los proyectos malignos que abriga para despojarme de mis Estados. Ahora ya no vale negar ni venir con excusas; ya sé todo cuanto se ha maquinado incesantemente contra mí desde 1749 hasta el mes de julio de este año, de lo cual tengo abundantes pruebas en mis manos; de suerte que no puedo dejar á mis espaldas las tropas sajonas sin cometer una gravísima falta. Las tropas han de estar en mi poder; de otro modo no tengo seguridad ninguna. Estoy jugando una partida magna, y la fortuna es inconstante; bastaría que sufriese un descalabro regular para teneros en contra mía. Todos estos tratados y convenios se interpretan y tuercen como uno quiere, y yo quiero de todos modos tener las espaldas libres y en mi poder el tránsito por la Sajonia y el Elba.»

Todo lo aducido por Federico para demostrar que una Sajonia que no iba con él, era contraria suya, y que de consiguiente había de insistir en sus exigencias, era perfectamente exacto, y la unión franca y leal de la Sajonia con la Prusia habría podido también realizarse si el rey Augusto III hubiese despedido al conde de Brühl y olvidando su pasado hubiese podido transformarse de la noche á la mañana en otro hombre. Mas si esto era imposible, no lo era menos la idea de Federico, que bastaba hacer jurar fidelidad á su persona al ejército sajón para trasformarlo sin más dificultad en ejército prusiano.

A la observación del general sajón de que el rey su señor podría muy bien licenciar la cuarta y aun la tercera parte de sus tropas, contestó Federico: «En ese caso sería preciso que licenciara todo su ejército, lo cual sería una condición demasiado dura. Hay otro medio, y es que el ejército se venga conmigo y me preste juramento de fidelidad.»

Al oír esto hizo el general un movimiento convulsivo violento y dijo: «De eso no hay ejemplo ni en los tiempos antiguos ni en los modernos.»

«Sí, replicó el rey, los hay; y aunque no los hubiera.... en fin, quizás no lo sabe V. todavía, pero tengo la vanidad de ser original.»

«Si esa es, la última resolución de V. M., no nos queda más recurso que morir donde ahora nos hallamos,» dijo Arnim.

«No se trata de morir: esas son puras frases, repuso el rey, el soldado no piensa como el general; esto lo sabe V. tan bien como yo; cuando no se le da de comer, deserta ó se amotina.»

Al general Arnim pareció en aquel tiempo una cosa absurda un ejército sajón que jurase fidelidad al rey de Prusia, y hoy eso que hace un siglo parecía absurdo forma un artículo de la constitución del imperio alemán. Pero el juramento de fidelidad que prestan al rey de Prusia como emperador de Alemania todos los contingentes del ejército alemán, no es más que la expresión militar de la relación que existe entre los diferentes soberanos y el jefe supremo del imperio; la cual á su vez es una consecuencia del desar-

rollo de los sucesos en Alemania, desarrollo que recibió su primer impulso trascendental de la guerra general que en la época que tratamos era inminente. Entonces no existía entre la Prusia y la Sajonia la relación que existe hoy, ni era posible que existiese, y por tanto tampoco podía jurar el ejército sajón en masa fidelidad al rey de Prusia; ni por más que se hiciese, era esto lo que Federico debía desear principalmente. Lo que le convenía era una alianza solemne y formal entre él y el rey elector.

No se dió por vencido el rey Augusto III, y creyó inocentemente sorprender al rey de Prusia diciéndole que como la próxima reunión del parlamento de Polonia exigía urgentemente su presencia en aquel reino, necesitaba para sí, sus hijos y personas de su séquito, libre paso ó sean pasaportes prusianos para trasladarse á Polonia. La contestación de Federico á tan extraña petición fué una rotunda negativa ínterin el rey de Polonia continuara rechazando las proposiciones de la Prusia y así quedó sin efecto el viaje á Polonia. El interés que puede tener este proyecto de viaje para la posteridad estriba únicamente en los motivos, por cierto muy característicos, con que trató el rey Augusto de justificarlo, y que según el documento original que se ha conservado, son principalmente los siguientes: 1.º La declaración del rey de Prusia de querer rendir al ejército sajón por hambre. 2.º Siendo esto posible, porque solo había viveres hasta fin de mes, tendría que tomar el ejército una resolución heroica, de difícilísima ejecución por la posición del enemigo. 3.º En todo caso no haría la presencia del rey Augusto más que dificultar esta operación (1).

Obedeciendo pues á una necesidad imperiosa é ineludible, renunció el rey elector á la idea de abandonar su ejército, para el cual, según el mismo testimonio de Brühl, redactor del citado documento, era solo una carga; y con esto quedaba decidido que el soberano, no por resolución personal y voluntaria suya, sino por obra de un poder superior, presenciara, aunque no compartiera, la suerte de su ejército, la cual dependía como la suya de la que tuvieran las armas austriacas y de la duración de los viveres en el campamento.

La única esperanza que quedaba al ejército sajón y á su soberano, de escapar de las garras prusianas, estribaba en una acción combinada entre el ejército sajón encerrado en su campamento y otro austriaco auxiliar que atacaran con ímpetu y simultáneamente, aquel desde adentro, y éste desde afuera para romper el círculo de hierro de los prusianos en su punto más débil. En efecto, habiase concertado ocultamente un plan en este sentido entre el cuartel general sajón y el del feldmariscal Brown; pero apenas éste salió de su campamento cerca de Budin para dirigirse por lo pronto á Lobositz cuando se le presentó delante cerca de este último pueblo el rey Federico á la cabeza de una parte de sus fuerzas. El resultado fué una batalla sangrientísima de siete horas dada el 1.º de octubre. Los prusianos, á pesar de sus grandes pérdidas, mucho mayores que las del enemigo, consideraron esta jornada como una victoria, y con mucha razón, porque el ejército austriaco no solamente tuvo que renunciar á un nuevo avance por la orilla izquierda del Elba, sino que se vió obligado á retroceder al otro lado del río Eger en dirección de Budin. No renunció por esto Brown al proyecto de libertar al ejército sajón, y con 8,000 ó 9,000 soldados que le quedaron disponibles volvió á avanzar cinco días después de la batalla por la orilla derecha del Elba; pasó este río cerca de Raudnitz y se dirigió á marchas forzadas por Böhmisch-Kamnitz, Rumburg y Schluckenau á

(1) Véanse los «Secretos de la corte de Sajonia», tomo II, página 114.

Lichtenhain, á donde llegó al día convenido, que era el 11 de octubre, á punto de apoyar la salida del ejército sajón por el lado de Schandau; mas esta salida se retardó con el paso del Elba que era inevitable y que solo logró efectuar el ejército sajón hacia la madrugada del día 13 por medio de un puente construido con gran trabajo. Los prusianos siguieron á su alcance y ocuparon inmediatamente el campamento abandonado, como pudo verlo el conde de Brühl con sus propios ojos desde el peñón fortaleza de Königstein. El ejército sajón llegó á la «llanura dominada por el Lilienstein», situada en frente del Königstein; especie de promontorio de 1,000 pasos de largo por 500 de ancho que forma allí la orilla derecha del Elba. Allí perseguidos por los prusianos, con parapetos en frente levantados por el enemigo, en medio de una lluvia torrencial, sin tiendas, bagajes ni viveres, y lo que peor era, sin noticias de los austriacos, en una situación por demás angustiada y en una confusión indescriptible, se convencieron los jefes á las pocas horas de haber llegado, de que no había que pensar ni en atacar ni en defenderse ni en aguardar, sino únicamente en capitular. En su consecuencia, firmaron todos los generales presentes una exposición de la situación en que se hallaban, y la enviaron al conde de Brühl que continuaba con el rey y demás personas de su acompañamiento en el Königstein. El primero había tenido buen cuidado de que el rey nada llegara á sospechar de la situación desesperada del ejército; y mientras éste era víctima del hambre, no faltaba nada á aquellos señores; de suerte que el rey rechazó indignado como un baldon toda idea de rendición sin lucha, y mandó celebrar un nuevo consejo de guerra para tomar una resolución mas cuerda. Estaban reunidos con este objeto los generales muy temprano el mismo día 14, en la situación desesperada que sabemos, cuando les fué entregada una comunicación del feld-mariscal Brown, que había pasado dos horas antes á manos del conde de Brühl, avisando que los imperiales habían cumplido su palabra y que aguardaban á los sajones á cuatro horas del punto donde estos se hallaban. Fué esta la primera noticia que se tuvo de su llegada. La carta estaba fechada del día antes 13 de octubre despues de las 10 de la noche en el cuartel general austriaco de Lichtenhain, y decía que el autor despues de aguardar dos días enteros el paso de los sajones por el Elba, sin que estos hubiesen aparecido, infería de esto que la travesía del río no había podido verificarse y que en vista del continuo aumento de las fuerzas enemigas numéricamente superiores ya, emprendía á las 9 de la mañana siguiente la retirada con la convicción consoladora de «que por su parte había hecho todo lo posible para coadyuvar á la concertada empresa.»

Eran las 7 de la mañana cuando se celebró este consejo decisivo. Verdad era que los austriacos se hallaban solo á 4 horas de distancia de allí; pero nada sabían de los sajones, ni de su situación en la orilla derecha ni si pasarían el río; y querían por eso principiar su retirada á las 9. Antes de esta hora era imposible hacerles llegar una contestación explicándoles los motivos del retardo y para determinarlos á aguardar mas tiempo; y mas imposible era todavía tomar sin artillería los parapetos levantados en la orilla opuesta por los prusianos, abrirse paso por medio de ellos sable en mano, y atravesar además el fuego de sus baterías que dominaban todo el llano del Lilienstein. Además los prusianos contaban con doble número de tropas, mientras los sajones se hallaban extenuados por el hambre, descorazonados y faltos de todo cuanto se necesita para prepararse con esperanzas de éxito á una lucha tan desesperada. En tal situación el consejo de guerra acordó en seguida ratificarse en su resolución tomada la noche antes, y á las 8 de la misma

mañana partió el comandante general Gersdorff para llevar al rey Augusto esta nueva exposición de los generales. El rey á su vez se obstinó en su opinión diciendo que las condiciones del rey de Prusia serían durísimas y humillantes, y que él estaba firmemente resuelto á no someterse á ellas prefiriendo antes morir con sus tropas que vivir despues de semejante oprobio; pues que jamás se había visto dejarse un ejército desarmar sin haber disparado un tiro. A esto contestó el jefe del ejército, feld mariscal Rutowski, enviando otro mensajero, que fué el general Dyhern, para ver si este era mas feliz que el anterior; y en efecto, Dyhern logró establecer la avenencia entre el heroico soberano, decidido á morir mártir, y sus generales, decididos á rendirse despues de haberlo meditado maduramente. Para esto fué menester que Dyhern con los ojos arrasados en lágrimas volviera á presentar á su soberano la terrible situación de sus tropas, diciendo que si el rey insistía en el ataque, obedecerían como era regular, y se estrellarían sin esperanza las cabezas contra el peñón del Lilienstein; pero cuando de este modo hubiese sucumbido la mayor parte del ejército sin utilidad ninguna, siempre tendrían que rendirse los restantes á discreción, y con ellos también el rey, pues que el Königstein donde se hallaba sería luego sitiado por los prusianos que pronto someterían la plaza por el hambre. Y ¿qué significaba la rendición á discreción? La cesión del ejército sajón al rey de Prusia y la conclusión de una alianza ofensiva con él contra la emperatriz y reina María Teresa. Para evitar esto, decía Dyhern, el único medio es que el rey, sin tratar directamente con el de Prusia, dé su consentimiento para que el ejército se constituya prisionero de guerra.

Estas consideraciones eran tan claras y convincentes, que el rey al fin cedió, comunicando su asentimiento al feldmariscal Rutowski en una carta redactada por Dyhern, y corregida por Brühl el día 14 por la tarde, en la cual decía: «Dejo á vuestro cargo la suerte del ejército. Vuestro consejo de guerra podrá decidir lo que le parezca mas acertado: si entregaros prisioneros de guerra ó morir combatiendo ó de hambre. Que la humanidad dirija vuestra resolución; cualquiera que sea esta, nada tengo que objetar; solo os exigiré responsabilidad si combatis contra mí y contra mis amigos.» Esta era la autorización para capitular, y la confesión de que todo estaba perdido. Inmediatamente el conde de Brühl comunicó la noticia al feldmariscal Brown que contestó el día 15, ya de noche desde Schönlinden, que se había sostenido en las alturas de Schandau el día antes, no hasta las 9 de la mañana, sino hasta las 3 de la tarde, y que empezada la retirada había sido atacado por los prusianos con gran violencia y perseguido hasta la aldea de Lichtenhain.

Entre tanto habían convenido Rutowski y el general prusiano Winterfeld en las bases de la capitulación que fué firmada el mismo día 15, aprobada por Federico II el 16, y ejecutada el 17. Antes de firmar Federico volvió á exigir la incorporación de todo el ejército al suyo, pero Rutowski le contestó que estaba autorizado para entregarse con su ejército prisionero de guerra, pero no para desligar á las tropas de su juramento de fidelidad ni permitirles prestar otro juramento. No quiso Federico comprometer con su obstinación el acto de la rendición, porque esperaba que la mayor parte de los oficiales se pasarían voluntariamente á su servicio, y en cuanto á la tropa consideraba cosa corriente, obligarla á la fuerza á jurarle fidelidad é incorporarla en sus filas, aunque nadie la hubiese desligado del juramento hecho á su soberano. Respecto de los oficiales se engañó, porque solo 53 entraron á su servicio, y aun dice en un escrito el conde de Vitzthum que solo eran 35, en su mayoría naturales de Silesia, Pomerania y Brandeburgo, es decir, súbditos del rey de

Prusia, y que solo 9 lo eran del rey Augusto como naturales de Sajonia. Los 568 restantes prefirieron quedar prisioneros de guerra. Las tropas, en número de 18,000 individuos, fueron juramentadas en masa y tumultuariamente y destinadas á las guarniciones de Halle, Magdeburgo, Halberstadt y Francfort del Oder. Pusieron en marcha; pero apenas llegó una tercera parte á su destino; los demás, despues de la primera jornada, sueltos y hasta en batallones enteros guiados por sus sargentos se fugaron en el camino, unos á Polonia y otros á Austria y á Hungría. Posteriormente se formó con ellos un cuerpo especial llamado *legión de los prófugos sajones*, el cual bajo el mando del príncipe Javier se aumentó sucesivamente hasta 12,000 plazas, y tomó una parte activa en la guerra hasta su conclusión. De los que quedaron en Prusia desertaron despues también muchos.

Por un convenio especial se declaró neutral la fortaleza de Königstein en 18 de octubre; lo que significaba que en adelante no podían servirse de ella los enemigos de la Prusia en sentido hostil, y que sería para los prusianos inofensiva. El rey Augusto, con sus dos hijos Javier y Carlos, su ministro y la cohorte de sus cortesanos y servidumbre se trasladó á Varsovia, continuando en Dresde el resto de la familia real y en especial la reina que murió en 17 de noviembre de aquel mismo año. Todo el electorado fué tratado durante la guerra como provincia prusiana; sus cajas de fondos del Estado habían sido embargadas desde el primer día, y de todos los ingresos se encargó la administración prusiana de campaña, sin que el país se librara por eso de las contribuciones de guerra en metálico y en especie.

IX.—COMPLEMENTO DE LA COALICION GENERAL CONTRA FEDERICO EL GRANDE

En todas las cortes, en la dieta, en toda la prensa europea y especialmente en Sajonia suscitó el proceder del rey Federico una tempestad furiosa de indignación y sed de venganza. Sin dejarse intimidar, pero no inactivo, observaba el rey de Prusia las oleadas terroríficas de la opinión general. No se le ocultó un solo instante que él mismo había provocado el tratado de alianza del 1.º de mayo ni le inquietaban los 24,000 hombres de auxilio que la Francia debía facilitar á la emperatriz con arreglo á este tratado; porque creía que el socorro francés no pasaría de ahí, y que no se llegaría á una unión mas íntima de ambas cortes á causa de la antipatía y contraste irreconciliables que existían entre los intereses políticos de ambas monarquías, contra los cuales debían ser impotentes todas las intrigas del Austria y de sus instrumentos y partidarios de ambos sexos en Versalles. Contentóse con justificar su conducta en el manifiesto que hemos mencionado varias veces, sobre todo al hablar de la política sajona, y que concluye de la manera siguiente: «La corte de Dresde ha tomado parte en todos los proyectos dañinos que se han fraguado contra el rey de Prusia; sus ministros han sido los instigadores y fomentadores principales de esos proyectos; y si la Sajonia no ha ingresado formalmente en el convenio de San Petersburgo, ha convenido con los aliados en aguardar solamente el momento favorable, cuando las fuerzas del rey se hubiesen debilitado y dividido, y se pudiese arrojar la máscara sin peligro, para tomar una parte activa en el plan. S. M. polaca ha adoptado el principio de que toda guerra entre el rey (de Prusia) y cualquiera de sus aliados (de la corte de Sajonia) le daría el derecho de engrandecer sus territorios á costa de S. M. (prusiana); y en su consecuencia ha creído poder repartir los Estados de su vecino en plena paz. Los ministros sajones han tocado á

rebato en toda la Europa contra el rey, valiéndose de calumnias, mentiras é insinuaciones arteras para aumentar el número de sus enemigos. El conde de Brühl ha tomado parte en la última conspiración de la corte de Viena con ardor extraordinario, haciendo correr aquel rumor infamante, y se ha probado que existe ya una inteligencia entre las cortes de Viena y de Sajonia, pues que esta última quería dejar pasar el ejército del rey (de Prusia), para proceder despues segun fuesen las circunstancias, ya uniéndose á los enemigos de la Prusia, ya haciendo una diversion sobre sus Estados desprovistos de tropas para defenderlos. Esta era la situación en la cual se encontraba el rey (de Prusia) respecto de la corte de Sajonia, cuando quiso pasar á Bohemia para evitar el peligro que le preparaban; De esto se infiere que S. M. (prusiana) no podía entregarse al capricho de una corte cuya disposición perversa conocía claramente, viéndose obligado á adoptar las medidas exigidas por la prudencia y la seguridad de sus Estados, y autorizadas por el comportamiento de la corte de Sajonia.»

Es indudable que Federico cargó con el odio inseparable del papel de agresor y de violador de la paz por el cual se había decidido; pero no haciéndolo habría sido indigno de sí mismo; habría tenido que mirarse á sí propio con desprecio si el temor de representar este papel hubiese hecho mella en su espíritu. Mas adelante escribió respecto de este episodio, despues de preguntarse qué significaba en el fondo la «terrible palabra agresor:» «Es un espantajo para los cobardes, y no podía ser tomado en consideración en una situación en que se trataba de la existencia de la monarquía. El verdadero agresor es evidentemente aquel que obliga á otro á armarse y ganarle por la mano por medio de una guerra menos vasta y menos peligrosa que la que él quiere provocar. Siendo la guerra de todos modos inevitable, vale mas decidirse por la mas breve, ó sea escoger entre dos males el menor. Para Federico, que se hallaba en esta situación, poco importaba que sus amigos le acusaran de violar la paz, porque la conspiración de las grandes y pequeñas potencias europeas contra él estaba ya hecha y consumada. La emperatriz María Teresa, la de Rusia, los reyes de Francia y de Polonia estaban ya completamente acordes hasta respecto del momento en que debían entrar en acción; de suerte que el rey de Prusia no tenía esperanza alguna de disminuir el número de sus enemigos ni podía aumentarlo; y finalmente se trataba de la existencia de la dinastía de Brandeburgo y de la de su monarquía. En momentos tan graves y de consecuencias tan trascendentales habría sido una falta política imperdonable, hacer hincapié en las varias formalidades, que han de observarse en el curso ordinario de la vida, pero que no han de detenernos en casos extraordinarios en los cuales la irresolución y la lentitud pueden echarlo á perder todo, y en que no hay otra salvación que una resolución vigorosa y pronta seguida de la ejecución inmediata.»

Es en efecto evidente que Federico el Grande nada podía esperar, por mucho que aguardara, mientras el desarme y la incorporación de la Sajonia á la Prusia en tanto durase la guerra eran una ganancia positiva que nadie le podía ya arrebatarse.

Por lo comun se exagera el efecto que el ataque de Federico produjo en las cortes de San Petersburgo y de Versalles, porque ambas potencias estaban ya demasiado comprometidas en los planes austriacos, para necesitar el empuje de la agresión de Federico, que habían previsto; pero lo principal era, como Federico había calculado muy bien, que militarmente estaban atrasadas para ponerse en movimiento, cuanto mas para proceder con mayor rapidez que de costumbre. Con la invasión de Federico II en la Sajonia había llegado